

CRÍMENES DE CAFETERÍA

Cuentos largos de café vol. 3

A top-down view of a white ceramic coffee cup with a gold-colored rim, filled with dark coffee. The cup sits on a wooden surface, surrounded by a large pile of dark brown coffee beans. A silver spoon is partially visible at the bottom of the cup. The text 'UNA COLECCIÓN DE JORGE SACHA' is printed in white on the coffee surface.

UNA
COLECCIÓN
DE JORGE
SACHA

Crímenes de cafetería

CUENTOS LARGOS DE CAFÉ
VOL. 3

Jorge Sacha

Imagen de portada: dashu83, extraída de Freepik.com

Conectar con Jorge Sacha:

Facebook: @JorgeSacha.escritor

Twitter: @JSachaEscritor

Instagram: *jorge.sacha*

Correo electrónico: jorge.sacha.escritor@gmail.com

Copyright © 2019 Jorge Sacha

Todos los derechos reservados

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra a través de cualquier medio o forma. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de un delito contra la propiedad intelectual contemplada por ley en el Código Penal.

ISBN: 9781090735423

Estimado/a lector/a,

éste nació más obeso que sus hermanos.

El primogénito, "El viaje sin retorno", parco de palabras, directo al grano, escuálido, responsable, de rendimiento mediocre en la escuela pero con las ideas claras, dio el pistoletazo de salida a esta serie de libros, los "Cuentos largos de café".

El segundón, "Matar al millonario", pese a que mostraba una cierta tendencia a la perversión, todavía caminaba por una senda decente. Mejor alimentado, más temperamental y al mismo tiempo paciente y ordenado.

Pero con el alumbramiento del nuevo benjamín de la familia, "Crímenes de cafetería", todo se ha desbaratado. Berreando desde que se posó en nuestro mundo, no ha cesado de molestar a quienes se atreven a conocerle. De aficiones oscuras, morbosas elucubraciones y desviado camino, imposible de enderezar, persigue manosear la moral y los nervios.

Así, la presente obra ofrece un conjunto de historias cortas de crímenes insólitos que tienen el común denominador de que en (casi) todos ellos sucede un quebrantamiento de la ley. No le pido que resuelva los casos en sí, sino más bien la amalgama viscosa de dudas morales que infectará su integridad. Si usted tiene mundo, reconocerá harta veracidad en los relatos; si por contra juzga inverosímiles mis historias, me permito humildemente recordarle que la realidad siempre supera a la ficción. En cualquier caso, le invito a que no deje de disfrutar visitando los recovecos en penumbra de su ser que estos cuentos quizás alumbrarán.

Si bien este libro es independiente de los dos anteriores, lo es menos de lo que el segundo lo era del primero. Las conexiones de "Crímenes" con sus hermanos mayores son a veces sutiles (o casi invisibles), mientras que otras son ob-

vias y requerirán una lectura previa (en cuyo caso se avisará). Sin más, disfrute.

Es usted quien busca al café, pero él quien le encuentra.

El café no le hace mejor detective, pero despierta, ducha y viste al que lleva dentro.

Si le gusta el café, ¿qué tal si antes de comenzar su lectura se levanta y prepara uno? Solo, con leche, cortado, americano, hawaiano, cafezinho, turco, vienés, irlandés, galao, amaretto, espresso, manchado, latte, cappuccino, del tiempo, carajillo, de olla, ristretto, breve, corto, largo, flat white, de sobre, mocca, instantáneo, frappé, descafeinado o bombón; como usted lo prefiera, pero que palpите en su mano mientras con la otra sostiene las vibrantes páginas de este libro. Y si no le gusta el café... bueno, puede hacerse un té. Le querremos igual...

1. [Embarcarse hacia la vida](#)
 2. [Águila irreal](#)
 3. [Comprom é tete conmigo](#)
 4. [El joven viejo](#)
 5. [El amor de los perros](#)
 6. [Cortar los problemas de raíz](#)
 7. [La cafeter í a del mar](#)
 8. [El hacha de Caicay](#)
 9. [Luchar por amor](#)
 10. [En la linde](#)
 11. [Encerradas](#)
 12. [Mi mejor amiga](#)
 13. [Las mejores palabras de nuestro idioma](#)
 14. [El chico que dorm í a a mi derecha](#)
 15. [Dentro de la montaña](#)
 16. [A ñ o nuevo, vida nueva](#)
 17. [No cierres Caf é Largo](#)
 18. [Vulnerable](#)
 19. [Un viaje a Jap ó n](#)
 20. [El sombrero amarillo](#)
 21. [... y no permitir a los alumnos aventajar al maestro](#)
 22. [En la cripta](#)
- [Ep í logo: La primera persona](#)

1. Embarcarse hacia la vida

Laura tenía por costumbre de acabar el día tomándose un café, reminiscencia de sus tiempos de universitaria, cuando el crepúsculo sólo significaba el comienzo de sus tediosas sesiones de estudio en época de exámenes. En algún momento posterior de su vida decidió proseguir con esa costumbre, que le recordaba aquella etapa tan turbulenta y emocionante. Su compañero de trabajo, Ramón, le dijo:

—Pídetelo para llevar y vamos al espigón. Yo me pido otro.

—Pero Ramón, ¿qué dices, hombre? El espigón está apartado. Y me tengo que ir a casa.

—¿Para qué? ¿No sales nunca de tu rutina? Sales de la oficina, te tomas el café mirando el mar desde la barandilla y después te vas corriendo. Te noto intranquila. Venga, un día es un día. Te vendrá bien tomar el aire. Es sólo un paseo hasta el espigón.

—Si te pides café ahora no podrás dormir.

—Tú lo tomas todos los días.

—Yo estoy acostumbrada, tú no.

Nada más salir del edificio, un golpe de viento casi le hizo derramar a Laura su café.

—¿Seguro que es buena idea? Hace un aire del demonio.

—Sí, mujer. Es una brisita.

—No sé yo...

—Además, te tengo preparada una sorpresa.

—¿Una sorpresa? ¿A mí?

Una vez en el extremo del espigón, al que Laura llegó con grandes dosis de caballerosidad por parte de Ramón, éste escupió las palabras a la cara de la mujer:

—Laura, sé que tu marido te maltrata.

La expresión de ella alternó entre varias emociones, primero sorpresa, después enfado y finalmente congoja. Sin embargo, permaneció en silencio.

—Puedes confiar en mí —añadió Ramón—. La sociedad ya no consiente estas cosas, las mujeres no debéis callar.

—Lo siento, pero creo que no ha sido buena idea venir al espigón. Me tengo que ir, me esperan en casa...

—Tu marido.

—Y los críos, tengo que hacerles la cena.

—Es viernes, tú lo has dicho, deja que tu marido se la prepare por una vez. Está desempleado en casa, ¿no?

—Sí. Menuda sorpresa me has dado. Bueno, que tengas buen fin de semana. Nos vemos el lunes, Ramón.

Laura se levantó de la roca y Ramón la imitó, agarrándola de la muñeca.

—Laura, por favor. Aquí estás a salvo. Confía en mí. Aún no te he dado la sorpresa.

Ella titubeó, pero finalmente accedió.

—Bueno, me quedo un rato.

—Tómate por una vez tu café tranquilamente. Además, el viento ha amainado.

La mujer permaneció pensativa unos instantes; después, dijo:

—Perdona mi reacción. Que saliera el tema me ha puesto nerviosa. Tú y yo trabajamos juntos desde hace unos diez años, ¿no? Te tengo confianza, así que te confieso que tenías razón y que no estoy pasando por un buen momento.

—Cuéntamelo, desahógate.

—Me cuesta hablar de esto. Nunca lo he hecho.

—Estamos lejos de cualquiera que nos pueda escuchar. No sabes lo terapéutico que puede ser que lo expulses todo. Venga.

—Mi marido ya no es el que era. Cuando nos conocimos era todo atención, cariño y buenas palabras. Y se ha transformado tan despacio que no me he dado ni cuenta. Le ha

cambiado incluso la cara, pero no sólo porque haya envejecido. Todos envejecemos, pero a él se le ha agriado la expresión.

—¿Cómo fueron esos primeros años tras conoceros, Laura?

—Muy bonitos. Estábamos siempre juntos, salíamos mucho, viajábamos también. Tenía detalles conmigo y cada día me regalaba palabras hermosas. Recuerdo una ocasión en que organizó una yincana para que encontrara mi regalo de cumpleaños. Fue increíble, dejó pistas por toda la ciudad. El regalo fueron unos billetes de avión para Nueva York, el lugar que yo siempre había querido visitar. La semana que pasamos allí fue algo de otro mundo. No cabía en mí de felicidad. Echamos tantas fotos que al volver hicimos un álbum. Lo miraba miles de veces sin cansarme. Me tenía enamorada.

—¿Ya no lo estás?

—¿Cómo podría estarlo? No es la misma persona. Cuando ahora ojeo ese álbum de fotos, veo dos extraños de viaje en una ciudad fría. No sé si fue la boda, o el nacimiento de nuestros hijos, o quizá que perdiera el empleo y no haya encontrado nada en años. Como te decía, apenas sonrío y se enfada mucho, por las cosas más tontas. Los críos le tienen miedo, no creo que sea simple respeto.

—¿Y tú? ¿Le tienes miedo?

—Supongo —contestó Laura tras pensárselo unos segundos—. Me entra ansiedad cada vez que tengo que volver a casa, porque no sé si me voy a encontrar besos o palos. Sobre todo pienso en mis hijos, pasan más tiempo con él que conmigo. Me horrorizo a veces imaginando que les ha podido hacer algo. Por eso me voy corriendo siempre después de mi café.

—Sin embargo, está bien que hayas mantenido ese ritual del café. ¿Sabes? Me parece una imagen muy evocadora y sensual verte apoyada en la barandilla de la oficina y mirando al mar mientras te lo tomas al atardecer.

—¿Qué dices, Ramón? Yo puedo ser de todo menos sensual.

—Te equivocas en eso. Parece como si el mar fuera tu único confidente, y te abres a él para compartirle tus penas.

—Hablas muy bien, Ramón. Así que siento que no sea nada como te lo imaginas.

—En otras ocasiones, te observo quedarte embelesada contemplando el mar a través del ventanal de la oficina, mientras trabajas.

—¿Sabes en lo que pienso a veces cuando hago eso?

—¿En qué?

—En cómo sería entregarme a él. Al mar, quiero decir. Salir, lanzarme desde las rocas y dejarme llevar. Y que se haga su voluntad. Si éste me retiene para sí, quizás sea lo mejor.

—Puede que te devuelva a la orilla, sana y salva.

—Entonces sería como una señal de que debo continuar. Al menos hasta que me entren ganas de volver a arrojarme.

—¿Y por qué no te arrojas?

—Por mis hijos.

—¿No te vale la pena intentar salir de esta situación? Se merecen algo mejor, ¿no? Aunque por ti misma ya no lo hagas, quizá debas hacerlo por ellos.

—Sin duda. Si por algo sigo viva, no te quepa duda, es por ellos.

—En vez de lanzarte tú al mar, ¿no has pensado nunca lanzar a tu marido?

—No digas tonterías.

—No son tonterías, ¿por qué has de sacrificarte tú, la oveja blanca? Deshagámonos de la negra.

—¿Qué quieres decir con “deshagámonos”?

—No estaría nada mal que ese hombre desapareciera de la faz de la tierra, ¿no te parece?

Laura no contestó a eso, sólo agachó la cabeza mientras esbozaba una leve sonrisa. Finalmente, dijo:

—Ramón, espero que estés hablando en broma.

—Sí, mujer, no te preocupes. Pero sí quería hacerte pensar en una vida alternativa.

—No hay vidas alternativas, ésta es la que tengo.

—El divorcio no es una opción, ¿verdad?

—Para nada. Aunque yo no se lo haya insinuado, él se ha adelantado varias veces a la idea y me ha dejado claro que me prefiere muerta que rehaciendo mi vida con otro hombre.

—Si nos viera a ti y a mí aquí solos, ¿qué haría?

—Uy, se pondría hecho una furia. Más te valdría tirarte al mar y nadar hasta las Canarias por lo menos.

—Eso no ocurriría, si se enfrentara a mí moriría.

—Eres un fanfarrón.

Ramón sonrió y permaneció en silencio unos segundos. Después, dijo:

—Laura, ¿cuántas veces te ha puesto la mano encima tu marido?

—Más de las que puedo contar con los dedos. Pero no sé si quiero entrar en detalles.

—No hace falta. ¿Y a tus hijos?

—Gracias a Dios, no. Aun así, les habla de una manera que no me gusta nada y les castiga mucho. A veces les castiga a no salir de su cuarto cuando quiere ver tranquilo el partido, lo tengo comprobado. Si eso es un modelo de educación para un hijo, que baje Dios y lo vea. Le tienen miedo, y yo tengo miedo de que tengan miedo. Ahora mismo estoy pensando en ellos, y que están solos con él. Me debería ir yendo.

—No te preocupes por tus hijos, están a salvo.

—¿Y tú qué sabes?

—¿Te imaginas a tus hijos creciendo sin la amenaza constante que supone la mano enfadada de su padre?

—Sería peor para ellos no tener padre.

—¿Tú crees?

—No me están gustando las cosas que insinúas, Ramón.

—Puede que te asuste un poco, pero en el fondo te agrada la perspectiva. Hace unos segundos te he visto sonreír por primera vez hoy, cuando te has imaginado una vida sin él. Sé que no sonríes demasiado cuando estás con tu familia.

Ramón tiró mano del bolsillo interior de su chaqueta y extrajo una fotografía, que mostró a Laura. Ésta, sorprendida al principio y horrorizada después, dijo:

—¿Tú me has hecho esta foto?

La instantánea mostraba a Laura paseando con su familia por un parque de atracciones.

—El único que sonrío aquí es tu marido —continuó Ramón—. ¿No crees que te mereces una vida mejor?

—Ramón, ¿tú me espías a mí y a mi familia?

—Espiar es una palabra muy fuerte. Piensa como la niña que un día fuiste; así quizá me veas como tu ángel de la guarda.

—Un ángel de la guarda no me haría fotos.

—¿Por qué no, si es para protegerte?

—Ramón, mira, te agradezco el interés que muestras con mi situación, pero creo que estás cruzando una línea que no debes.

—Nunca hay una línea que respetar cuando se trata de ayudarte. Lo hago encantado.

—Yo no te estoy pidiendo que lo hagas.

—Una persona en peligro de muerte no debería necesitar pedir ayuda para recibirla.

—Está oscureciendo, debería irme a casa.

—¿Por qué, si se acerca el momento de la sorpresa que te había prometido?

—Bueno, pues dámela ya.

—No puedo aún, tiene que hacerse oscuro del todo.

—No estoy segura de querer tu sorpresa.

—Laura —el tono de Ramón era firme—, no hay vuelta atrás. No puedes irte.

Las primeras estrellas se dibujaron en el cielo sobre el océano, y el viento, pese a haber amainado, se tornó más frío.

—¿Qué quieres decir con que no hay vuelta atrás?

—La sorpresa está a punto de llegar, no te puedes ir justo ahora.

—Pero, ¿cómo viene? ¿En barco?

—Lo has adivinado.

—Ramón, no es mi cumpleaños y no celebramos nada. No tienes por qué regalarme nada. Y me preocupan algunas insinuaciones que has hecho. De verdad que me quiero ir, no me retengas, por favor. Tengo bastante con lo mío.

—Soy tu ángel de la guarda, y te pido que te quedes un poquito más. ¿Por qué no me cuentas más cosas de tu marido?

—¡Porque no quiero!

Laura se puso de pie y arrojó el café entre las rocas. El oscuro líquido se fundió con las aguas del mar, que debido a la hora avanzada de la tarde eran casi del mismo color.

—Laura, sé razonable. —Ramón se levantó a su vez y la agarró de la muñeca, pero esta vez con más fuerza.

—Ramón, ¿qué has hecho?

—Tú no lo sabes, pero he estado cuidando de ti desde hace tiempo. Me he preocupado por ti más de lo que quizá debiera, no lo sé. Pero una vez comencé no pude parar, pues vi lo que había y sentí la necesidad de ayudarte. Lo he estado planeando todo a fuego lento, durante meses. Tú te mereces una vida, una buena vida. Sin miedos, sin amenazas, sin dolor.

—Te lo repito, ¿qué has hecho?

—Nada que el destino no me reclamara a gritos que hiciera —contestó Ramón, aún sosteniendo a Laura de la muñeca—, y lo he hecho por ti, no me importa acarrear con las consecuencias si las hubiera. Hace años que sé que tu marido te hace la vida imposible, a ti y a tus hijos. Los pequeños Daniel y Marta viven con la tensión a diario, y eso ha de

cortarse de raíz. Consulté con un psicólogo, me aseguró que todo lo vivido en la infancia nos marca de por vida, y más si son sucesos desagradables como las constantes amenazas, insultos y malos tratos en casa. Les puede generar traumas y dificultades de todo tipo, que arrastrarán con seguridad durante el resto de sus días. A estas alturas ya sólo se puede rezar para que no afronten su juventud de la mano de la depresión o las drogas.

—¿Has consultado a un psicólogo?

—Y a más personas, profesionales de lo que hacen. Hoy vas a empezar una nueva vida, Laura, una vida que yo te regalo. Es un regalo de amor puro y desinteresado como el que yo siento por ti, y no quiero agradecimiento ni recompensa, pues mi mayor premio será que puedas vivir en paz con tus hijos. Sin un hombre que te grite, te golpee, te insulte y te viole a diario. Sin un padre que ponga en peligro a sus hijos.

Laura ya no contuvo las lágrimas. Trataba de desasirse, sin éxito, del agarre de Ramón.

—Quiero irme a casa.

—Ya viene tu regalo. Ahí está.

Una pequeña embarcación se aproximaba en la oscuridad de la noche marina.

—¿Por qué lo has traído aquí? —preguntó ella entre sollozos.

—Uno ha de despedirse de su vida anterior si desea empezar una nueva.

La barca entró en contacto con las rocas del espigón. Un hombre con pasamontañas la dirigía con un gran remo, y un bulto grande se extendía a sus pies.

—Como te he dicho, Laura, lo he planeado todo muy bien, y no va a haber consecuencias para ti. Sólo has de abrazar tu nueva vida, eso es todo. Ahora, ven. Confía en mí por última vez.

—¿Y mis hijos, están bien?